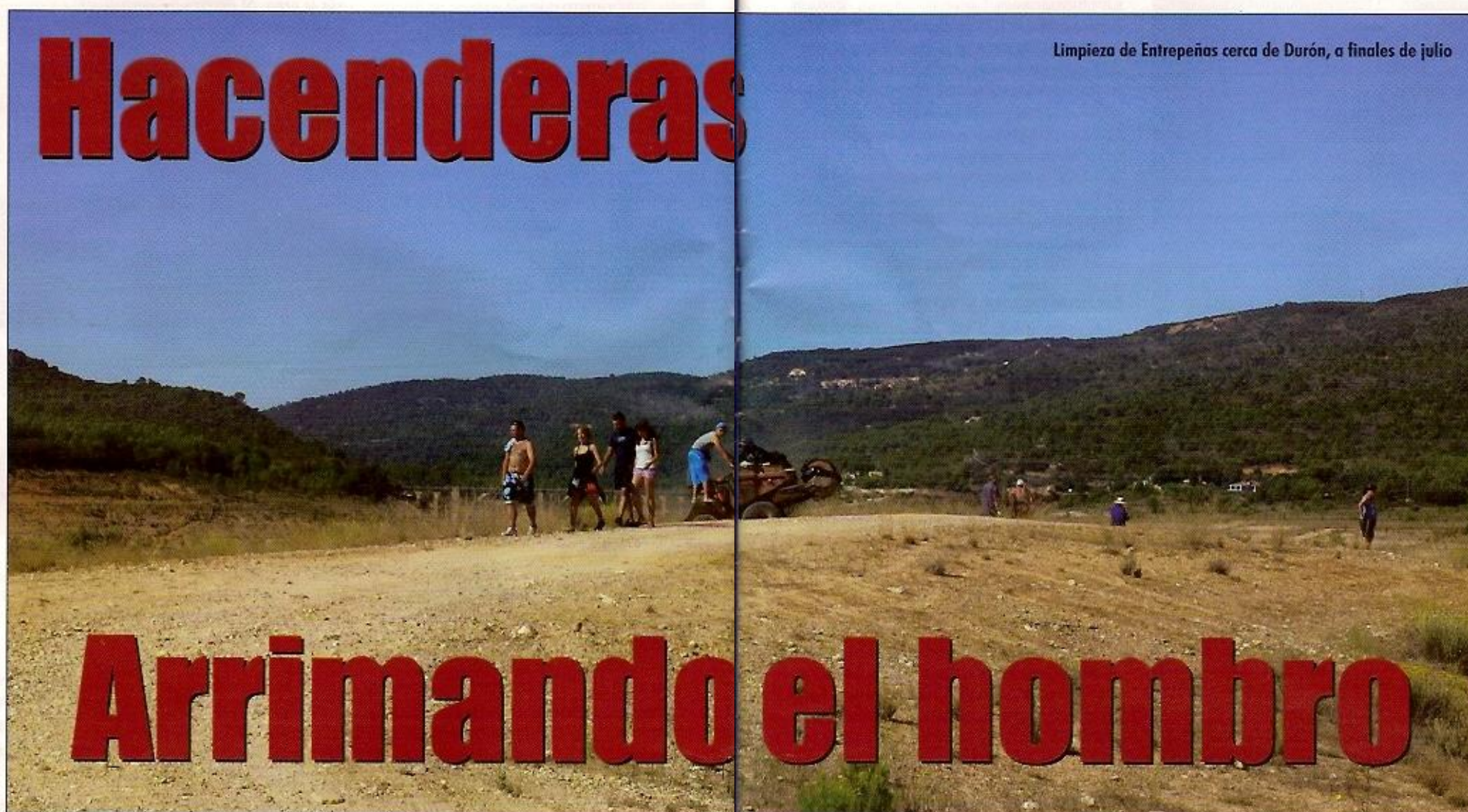


Piedra a piedra, paredes levantadas en común. Zanja tras zanja, codo con codo. Tarea compartida y beneficio para la comunidad. Es el espíritu de la hacendera, una costumbre ancestral extendida por la península y habitual en la Castilla de hambre y miseria, como única manera de que un pueblo pudiera acometer obras colectivas. Corveas, zofras o facenderas, que todos esos nombres recibieron, levantaron antaño pilones y lograron acometidas de agua gracias al trabajo en equipo. Hasta tuvieron una regulación legal y múltiples normas no escritas en las que todos eran iguales ante el deber y las decisiones se tomaban democráticamente. Ahora que hay planes de la Administración para solventar las carencias de los municipios, en pleno siglo XXI, la tradición se mantiene en unos pocos pueblos y se intenta recuperar en otros. Donde no llega la subvención y apenas queda gente para mantener en buen estado calles y caminos, la hacendera vuelve a tomar fuerza, esta vez con carácter voluntario, para recuperar el espíritu de la comunidad, el reencuentro con gentes y tradiciones y -¿por qué no?- la camaradería de la merienda final.

Texto: Concha Balenzategui.  
Fotografías: Cedidas



## Los tradicionales trabajos comunales se recuperan en verano, aunque con un espíritu distinto al de antaño

Cuando las aguas se retiran en un pantano, salen a la luz antiguas construcciones y árboles hace décadas anegados por las aguas. Pero también latas de refrescos, trapos, plásticos y los enseres más insospechados, como muebles o baterías de automóvil, depositados a lo largo de los años. Basura a fin de cuentas que afea las orillas del embalse. Alrededor de una tonelada fue la que recogieron, a finales del mes de julio, los vecinos y veraneantes de Durón, como resultado de una hacendera. Se juntaron cerca de 70 personas de diferentes edades, convocados por el alcalde, Javier Colmenero, que había copiado la «iniciativa» de otros municipios donde esta vieja costumbre está reeditándose cada vez con más fuerza.

El mecanismo es sencillo. Unas semanas antes, el consistorio (o la asociación vecinal, que también las hay promotoras de esta actividad) anuncia al vecindario la convocatoria y la tarea que se desarrollará. Si antaño era el cornetín del pregonero o las campanas de la iglesia los que llamaban a los vecinos a la faena, ahora se colocan carteles en los lugares más frecuentados, e incluso se anuncian en las páginas web de los

municipios. Se trata de convocar no sólo a los vecinos que guardan el pueblo todo el año, sino de encontrar un nutrido ejército de trabajadores, contactando con los hijos de pueblo que sólo lo visitan en fines de semana y vacaciones. Por eso, en muchas localidades, como la bicicleta, las hacenderas son cosa del verano.

Los voluntarios acuden a la puerta del Ayuntamiento, o el lugar fijado, provistos de vehículos, palas o la herramienta necesaria, que en ocasiones es facilitada por el organizador. Y tras el trabajo, la fiesta. El éxito de una hacendera moderna está garantizado si termina en merienda. En la que realizaron hace unas semanas en Durón, las actividades complementarias fueron amplias: Con el sol apretando y tras tres o cuatro horas de trabajo, los voluntarios dieron buena cuenta de un almuerzo a base de embutidos, vino y cerveza. Por la tarde, se ofreció en la plaza

un concierto de la banda de música de Fuensalida (Toledo), una de las actividades de ocio veraniego que el Ayuntamiento hizo coincidir con la jornada de trabajo. Para completar el reclamo, sobre todo para los más jóvenes, según el alcalde, por la noche se celebró una verbena.

Si Durón ha reeditado los trabajos comunales en pleno siglo XXI por mimetismo con otros pueblos, hay algunos que nunca los han perdido. Es el caso de Viana de Jadraque. «Un año más, cesadas las lluvias de invierno y aproximándose ya el deseado verano, tengo el deseo de celebrar, si el tiempo no lo impide, una hacendera para limpiar las calles y zonas verdes de nuestro pueblo», rezaba la convocatoria del alcalde, Angel Luis Rello, la pasada primavera. Una

veintena de personas acudieron a la cita en la puerta del «tele-

club», en un día de intenso calor que terminó en tormenta, lo que ayudó a barrer las calles.

Participantes en la hacendera de Alcorlo, con la basura recogida



Además de cortar las hierbas de los caminos, se colocaron plantas de espliego y romero a la entrada del pueblo y en la zona de los columpios. Todo terminó con la merienda aportada por el Ayuntamiento, emulando la arroba de vino que se compraba antiguamente, según recuerda el alcalde siendo un crío.

«Todos los años, una semana antes de llegar la fiesta, hacemos una hacendera para quitar las hierbas de las cunetas, que son un peligro por los incendios, y porque están en el camino hacia las bodegas», cuenta Rello, quien destaca que su pueblo nunca perdió una costumbre que se repetía muchas veces a lo largo del año. De hecho, además de las convocadas por el Ayuntamiento, en Viana de Jadraque una asociación de propietarios de terrenos de regadíos organiza sus propias jornadas de labor, para limpiar la zona.

Ejemplos de estas convocatorias vigentes los

hay muchos a lo largo de la geografía provincial. Renales convocó a principios de julio -aun-



Limpieza de caminos en Viana de Jadraque

que sólo a los hombres- para rehacer los campos de petanca y compartir una comida. En Gajanejos, coincidiendo con la semana Santa, se reunieron los vecinos para podar los árboles de la pradera. Con orgullo muestran los habitantes de este pueblo la reciente recuperación

del antiguo lavadero, que luce de nuevo gracias a un trabajo en equipo.

Y es que las en otro tiempo llamadas «prestaciones personales» siguen teniendo sentido, a juicio del alcalde de Viana de Jadraque, «porque los pueblos no tienen dinero».

### De la necesidad al reencuentro

Al margen de ese arrimar el hombro común, poco tienen que ver las actuales convocatorias con las antiguas hacenderas, según José Anto-

nio Alonso, estudioso del folclore y experto en las costumbres de nuestra provincia, quien apunta otros nombres con los que se han calificado estos trabajos comunales en las diferentes zonas de la provincia. Si la más conocida es «hacendera», procedente del latino *facio-facere* (hacer), en algunos pueblos se les llamaba «cenderas» y, especialmente en la zona de Molina, «zofras». «Lo que pienso es que eran fruto de la carencia, una costumbre que lo que hace es cubrir la necesidad imprescindible de realizar trabajos de carácter comunal, que sólo de esa forma se podían hacer: limpieza de terrenos o caminos, traída de aguas, en la sierra recoger leña para las estufas de las escuelas... Lo que antes era un compromiso del individuo con su propio pueblo, que era algo más que un acto voluntario, con los cambios sociales de los últimos tiempos se ha convertido en una cuestión de reencuentro o hermanamiento», sostiene el folclorista. Ahora, la gente que participa suele ser en muchos casos veraneantes o antiguos emigrantes, «y lo que buscamos cuando volvemos a los pueblos o participamos en las asociaciones es recuperar la camaradería y el ambiente fraternal que había antiguamente», prosigue.

Alonso apunta varias notas más sobre el desarrollo de estos trabajos comunales, al margen de la precariedad de ayuntamientos sin ingresos ni personal. Una, que el fenómeno llegó a estar «absolutamente extendido» por la provincia, desde finales del siglo XIX, antes y después de la Guerra Civil, hasta la emigración masiva de los años sesenta y setenta. Otra característica es que el trabajo tenía su propia organización según las costumbres de cada pueblo. Y finalmente, que como casi todas las actividades tradicionales de este tipo, acababan en fiesta: «En muchos municipios había o bien cántaras o bien copas que servían para repartir el vino entre los habitantes. No sólo en el caso de las hacenderas: los llamados 'alborques' se celebraban también cuando se hacía la subasta de un servicio público, como el horno o la fragua, y al que se la habían concedido invitaba al vecindario».

### De la obligación a la voluntariedad

Pero si hay una nota característica de las antiguas hacenderas esa es la obligación. Es el espíritu que pervive hoy en la definición de la Real Academia Española: «Trabajo al que debe acudir todo el vecindario, por ser de utilidad común». El diccionario oficial no recoge sin embargo otros términos que se usaron y usan, como las conocidas «zofras» del señorío de Molina. A ellas dedica el escritor molinés Santiago Araúz de Robles, un capítulo completo de su maravilloso estudio *Los desiertos de la Cultura: Una crisis agraria* (editado en 1979 por la Institución Provincial Marqués de Santillana), tras un exhaustivo trabajo de campo realizado en las localidades de Pinilla, Terzaga, Valhermoso, Tierzo y Teroleja, todas ellas en el Señorío.

Araúz de Robles, experto jurista, subraya que las «prestaciones personales» eran mucho más antiguas que las legislaciones que las regularon, puesto que las leyes de régimen local (como el decreto de 24 de junio de 1955) «no hacen sino reconocer una realidad preexistente». Las zofras se



## Un origen feudal y fiscal

El origen de las hacenderas se encuentra en la Edad Media, cuando los campesinos, además de pagar sus impuestos en especie al señor feudal, están obligados a trabajar unos determinados días al año en las tierras que están bajo su jurisdicción. Es por tanto, un impuesto más, según relata Plácido Ballesteros, jefe del Servicio de Cultura de la Diputación Provincial y director de la Biblioteca de Investigadores, que cita los nombres de «corvea» o «facendera» para referirse a estos servicios obligatorios. A partir de los siglos XIV y XV, los agricultores tratan de hacer valer sus derechos, y una de las reivindicaciones es la de las «cartas de franquiza» o «de franquicia», que suponen que las obligaciones de los vasallos se determinen por escrito, y no quedan al arbitrio o capricho del señor. «Es una conquista de los campesinos en toda la Europa feudal», señala Ballesteros, que recuerda que en estas cartas quedan recogidas las jornadas que deben hacer tareas en las tierras del señor.

La norma se mantiene hasta que cae el régimen feudal y se suprimen los señoríos, en el siglo XIX, pero los concejos copian el modelo como sistema de recaudación. «En el régimen liberal queda un impuesto que se llama 'prestación personal' que consiste en que los vecinos, en vez de aportar dinero, aportan una serie de días de trabajo estipulado», explica, para acometer obras de interés común.

El motivo de esta «herencia» feudal en los ayuntamientos no es otro que la falta de medios para acometer ciertas obras, que también se traduce en los variados impuestos que aplicaron algunos consistorios, y que los investigadores de la Diputación han encontrado al organizar archivos municipales de la provincia. Relata el director de la Biblioteca de Investigadores que hay impuestos tan originales como el de canalones, o el que fija una cantidad por las puertas y ventanas de una casa abiertas al exterior: «Hay que tener mucha imaginación y mucha necesidad, porque o bien buscan un concepto jurídicamente válido para cobrar un dinero, o ponen a trabajar a los vecinos».

Pero hay muchas variantes. Por ejemplo, en algunos pueblos el modelo de trabajo colectivo se aplica a actividades comunales, como la corta de leña, pues cada vecino tiene derecho a una cantidad o unos días de explotación del bosque, y lo hacen todos a la vez. Con este fundamento tributario, la hacendera tenía que tener un espíritu de justicia. Por ejemplo, un vecino con una casa de 10 metros de fachada, tenía que dedicar más días de trabajo al arreglo de la calle que uno que tuviera 5 metros. La merienda o fiesta con la que muchas veces termina la hacendera «es propia de las comunidades agrarias pequeñas; tras el trabajo duro se termina con una celebración, como las fiestas de la vendimia o de la cosecha».

regulaban en un número de «obradas» o jornadas con carácter gratuito que los vecinos tenían que dedicar a servicios de interés general, «una suerte de fiscalidad en especie», como también apunta Plácido Ballesteros (ver cuadro). Araúz de Robles señala que aunque la normativa admite que los vecinos pueden sustituir su trabajo



por la entrega de su importe en metálico, en la práctica no se hacía en la tradición castellana, ni en concreto en los pueblos estudiados: «Talsustitución no se lleva a cabo nunca: el sentido de comunidad estaba tan vivo y era tan pesante que no podía mercantilizarse, sustituyendo la aportación de trabajo por una fría entrega de un numerario».

El espíritu del deber incluíble también lo recuerda el alcalde de Viana de Jadraque de las antiguas prestaciones: «Antes era obligatorio, incluso si había alguno que no iba, le dejaban su trabajo sin hacer, para que luego lo hiciera él». No obstante, como apunta José Antonio Alonso, la costumbre ofrecía variantes de esa obligatoriedad general en cada pueblo: «Muchas veces a las viudas se les eximía, o si faltaba el padre iba el hijo mayor, y a veces las mujeres estaban exentas, pero no siempre, porque en general era obligatorio que cada núcleo familiar aportara su trabajo».

Todos eran iguales a la hora de arrimar el hombro, según el citado estudio de las zofras molineras «La obligación afecta por igual a los ricos y a los pobres, y ni siquiera quedan excluidos quienes ejercen alguna forma de autoridad en la comunidad», como el alcalde y los concejales, el juez de paz o el alguacil. Sin embargo, toda regla tiene sus excepciones marcadas y en los pueblos del Señorío sólo quedaban excluidos los enfermos, los mayores de 60 años (o de 65, según lugares)

y los funcionarios. Como curiosidad, Araúz de Robles detalla que la enfermedad no necesitaba ser acreditada, pero tenía que ser una percepción asumida por el pueblo. «En el supuesto hipotético de una contradicción entre un certificado médico y la convicción que tengan los vecinos sobre la realidad o no de la enfermedad, prevalecerá esta última. Dicho de otra forma: en el enjuiciamiento de las obligaciones sociales prevalece la ética y no la ley». En cuanto a los funcionarios exentos, se refiere a los dependientes del Estado, que «responden a un poder superior al que gobierna en la comunidad».

### Del largo invierno al verano

Las hacenderas de hoy se realizan con frecuencia en verano o Semana Santa, es decir, cuando más gente hay en el pueblo. Sin embargo, antes se desarrollaban durante todo el año «aunque se guardaba que no coincidieran con tareas más fuertes de trabajo en el campo, como la siembra o la siega. Se ajustaban en el ciclo anual, a no ser que fuera una necesidad acuciante, como quitar la nieve», recuerda José Antonio Alonso. Araúz de Robles también recoge que las fechas se ajustaban a la conveniencia del vecindario y a las épocas muertas en que no hay actividad agrícola, en la temporada de invierno.

Precisamente un factor que subraya el libro *Los desiertos de la cultura*, es que las decisiones y la organización eran democráticas, o incluso asamblearios: «Eran los vecinos, reunidos, quienes decidían cuáles eran las verdaderas necesidades del municipio y qué trabajos habría que llevar a cabo para remediarlas». Nuevamente sale a relucir la penuria, pues en aquellos años casi todas las obras públicas del municipio, respondían al concepto de «necesidad», según apunta el autor, con la excepción de los servicios de luz y teléfono, porque hay empresas ajenas al municipio que cobran por este servicio.

Hoy buena parte de estas obras las han asumido las instituciones, como apunta Alonso, so-

bre todo municipales, mientras antaño no había personal contratado por el Ayuntamiento. Pero donde el POI de la Diputación, el Forcol de la Junta de Comunidades o el Plan E de Zapatero no llegan, ahí resurge la hacendera, como señala el alcalde de Viana de Jadraque: «Hemos pedido una ayuda para arreglar la fuente, pero si no nos responden, convocamos otra hacendera y en unos fines de semana la arreglamos».

### Voluntarios importados y mensaje

Una variante aún más distante de las antiguas hacenderas, es la del reclutamiento de voluntarios «urbanos» para realizar trabajos en un lugar al que nada les une. Es lo que hace el Ayuntamiento de Azuqueca de Henares a través de su Agenda Local 21, que organizó, la pasada primavera, una hacendera para limpiar las orillas del pantano de Alcorlo, en el término municipal de La Toba. El alcalde de este municipio, Julián Atienza, cuenta que allí hubo trabajos comunales antes de la emigración, para construir las fuentes públicas de La Toba o llevar el agua a algunas calles -cada uno un trozo de zanja- porque «antes en los pueblos lo único que había era la mano de obra; no había recursos para nada, pero todo el mundo tenía dos manos para trabajar. Ahora no hay gente, ni ganas. Los vecinos exigen que el Ayuntamiento sea el que haga las cosas. No nos ponemos de acuerdo ni para organizar las fiestas». Si falta ese sentimiento de pertenencia a la comunidad, si se puede trabajar en la sensibilización, en este caso medioambiental, «recuperamos la idea de la hacendera con un sentido de denuncia del estado del pantano y de concienciación hacia los que van allí, para que no dejen residuos», añade Atienza. Y también el esfuerzo común pues, codo con codo con el medio centenar de jóvenes llegados de Azuqueca, una veintena de vecinos de la Toba y antiguos habitantes del desaparecido pueblo de Alcorlo recordaron aquellas jornadas de sudor colectivo y satisfacción por el trabajo culminado.

Se extrajo casi una tonelada de basura de Entrepeñas



En Viana nunca se ha perdido la tradición



Más de 70 vecinos colaboraron en Durón



El Ayuntamiento de Viana de Jadraque hace al menos una convocatoria al año



CADA VEZ SOMOS MÁS  
 ESCUCHA PUNTO RADIO GUADALAJARA  
 106.5 FM

SIGÜENZA Y NORTE DE LA PROVINCIA 93.0 FM  
 BRIHUEGA Y ALCARRIA ALTA 94.5 FM  
 SACEDÓN Y ALCARRIA BAJA 94.1 FM  
 MOLINA DE ARAGÓN Y CORMARCA 102.2 FM  
 SEÑORIO DE MOLINA 106.7 FM  
 CORREDOR DE GUADALAJARA Y CAMPIÑA 106.5 FM

PUNTO RADIO  
 GUADALAJARA 106.5 FM